Rimas y Lirismos

Nina Karen

Image not found.

Capítulo 1

NADA

Nada como morir por las mañanas,
Ahondar en los recuerdos hasta el Hades.
Nada como respirar el último aliento de la noche,
Ver la luna y los luceros apagar…

Nada como el dolor más desgarrador,
Vivir la mentira de un amor desorbitado.
Nada como la falsa voluntad de un final rotundo,
Cuajar la nieve sobre un epitafio nuevo…

Ríanse los eslabones del engranaje precioso,
Extíngase el sentido del mayor sentido,
En el agua erosiona la roca.

Pero, cállense ya en la llanura profunda,
Dejen al alma errante vivir entre ovejas,
Respirando y gimiendo hasta quedar en nada…

Capítulo 2

FANTASÍA IMPROMPTU

Pierdo al raso alto, tibio invierno sin oscuras lamentaciones ondeando.
Tierno errar, ligadura oblicua, doblegada a rasgar implacable
algún titanio o diamante orfebre.

Tirana utopía fácil, epíteto lidio, infranqueable corazón invicto.
Doliéndose, amar doliéndose… El sino liberando astrales mensajes…
Inacabada aparición.

Mentira inocua, rima asonante, mirada envenenada a librar
otro silencio, otro juego, otra sombra.

¿Quién ufanose, incensario esclavo, rogando expansión,
medrando entretanto?

¿Qué universo ingirió entera, rabiosa estrella, tu empresa perdida,
oblongamente rayada, fieramente a volar
Oriente rasgado?

No oye, aleve lengua de orquídea lánguida,
ocre ruidoso.

No ilusiona, ámbar libélula voladora, arcilla candente,
imán ordinario.

A mirar algún lugar acordado, vístase,
invisible dardo agujereado.

Vístase, imposible día acaecido.

Muerte incierta aguarda.

Capítulo 3

POR CADA

Por cada luciérnaga que dejaste morir entre tus manos
la negra capa de la oscuridad cerniéndose,
hubo un miedo que atrapó la verdad de tu pura imagen.

Por cada luz que atisbaste en tu encapotado interior
la infiltración de otra bandera consintiendo,
hubo una mentira que intentó encadenar el humo de un amor blanco.

Por cada bocanada de felicidad que robaste al viento
las hojas de un otoño muertas cayéndose,
hubo libre de significado una palabra, que tierna, robaba el aire.

¿Quién apagó la luz? ¿Quién fiel preso a su desdicha osó pues,
ante la tormenta los ojos cerrar?

¿Quién con la sangre hasta los tobillos? ¿Quién de un nuevo horizonte
a dos almas frustradas trazaba la línea azafranada?

Masa de carne con heridas que nunca se curan,
alma errante con recuerdos que nunca se olvidan,
la derrota es herida,
cicatriz la victoria...

Tan solo muerte lo restante.

Capítulo 4

DOS PILARES ANCLADOS

Dos pilares anclados,
a ambos lados del espejo,
caída del sol bermejo,
de dos espíritus callados.

Tres novelas escritas,
testimonio de tu brevedad,
un nocturno a la verdad,
rastro inconcluso de unas palabras proscritas.

Callas cuando apenas abres la boca,
te transformas en un suspiro que mi alma evoca.

Y abandonas la vida pasajera,
mientras dejas una dolorosa huella en nuestra carretera.

Capítulo 5

HABITACIÓN

En cada rincón de una habitación,
una nueva batalla a librar,
un nuevo encuentro con el mar.

En cada ventana cerrada,
una bandera sin viento,
el rastro de un gran remordimiento.

En la llanura de una vulgar mesa,
un esbozo impreciso del futuro,
una gran talla del pasado.

Abre la ventana.
Arrastra la mesa.
Vacía rincones.
Tira al vacío todo.
Ya está. Ya se fue.

Capítulo 6

DERRITIÉNDOSE

Derritiéndose…

Deshaciéndose los huesos de los dedos al ocaso; a la tranquilidad del crepúsculo extranjero. Una ola de sal y un encantamiento duradero cabalgando el tiempo… retrasando el paso y la huella… acrecentando la mansa nube de espesor inmenso.

Yace el sol lloviéndose, yergue la raíz, ahogándose la savia, la esencia, el pausado respirar del árbol breve. Calla el ave y hacia el suelo vuela, hipnosis letal de un reflejo involuntario. Riega la sangre de un caminante cansado el consuelo de una palabra rimbombante, el sentido de una ilusión muerta de repente.

Las lámparas muriéndose al creer la luz. La luna creyendo un día nuevo para una noche mejor. Ahogando la incertidumbre en una bañera desbordándose el aceite. Jamás detuvo la yegua el andar del minuto, de la hora enamorándose besó la tierra y arrastró el pasado al futuro, el futuro al pasado arrastrando…

Quiso el paso salir al encuentro de un espejo, un lienzo calcado en el agujero que vacío pesa en el alma errante. Quiso la flor caer sus pétalos, envueltos en un prodigio perecedero, de escaso efecto. Cayeron, pues, irremediablemente encarceladas en el barro en el que el monzón ha convertido el pasado.

Enterrando los pies en la arena mojada de una historia inacabada. Cansancio, inagotable cansancio que lapidas mis días y prendes mis noches. Hazme amar, quiero enamorar, enamorar un segundo, reconciliar el anterior con el siguiente y encontrar sentido a la estrella fugaz que ya no existe. Quiero derretir el agua en este verano eterno… Yo iré… caminaré por la senda hasta el muro del final… hasta hallar la puerta… la llave no es problema…

Desapareciendo… arrancando… sangrando… llorando las últimas palabras, matando las lágrimas… la llave… allí, la llave…

La piel, mi ser, mi sentido, mi segundo y mi siguiente… derritiéndose… tan solo, derritiéndose…

Capítulo 7

PORQUE TE QUIERO

Y simplemente escribo porque te quiero. Porque te quiero y quiero que entiendas por qué. Porque no soy capaz de entrar en el tren si tú no entras. Porque si tú no entras mi alma permanecerá fuera contigo y tu persona quedará siempre grabada en la roca de mi memoria. Quedará siempre grabada tu huella en mi playa. En mi playa, porque la arena es efecto de una enfermedad crónica. Una enfermedad crónica que hiciste brotar en mí como las alstroemerias blancas de otoño. De otoño estaba vestido el día en el que te conocí. Y te conocí solo porque el destino quiso jugar conmigo. Jugar conmigo con el fin de destruirme haciéndome creer que todo es posible en esta vida, que tú podrías coger dos trenes a la vez, que mi playa no tendría fronteras con la realidad y que jamás me vería a mí misma escribir esta tontería. Estoy, sin embargo, escribiendo esta tontería.

Escribiendo simplemente porque te quiero. Porque te quiero y quiero que entiendas por qué. Porque si quieres coger otro tren yo te seguiré. Te seguiré al fin del mundo. Al fin de mi mundo, donde mi playa no es playa, sino mera arena desparramada por lugares equivocados. Lugares equivocados que intentaré evitar con el fin de quererte de la forma en la que tú quieres que te quiera. La forma en la que tú me quieres es el firmamento bajo el cual he decidido moverme. Moverme porque por ti no permaneceré quieta en toda mi existencia. Porque en toda mi existencia he querido hacer feliz tanto a alguien. Hacerte feliz es mi ruta ahora.

Ahora simplemente escribo porque te quiero. Porque te quiero y por la impotencia que siento cuando pienso en ti y en tu felicidad. Has de saber que tu felicidad es la mía. Que mía es la sonrisa más sincera cuando te pienso feliz. Te pienso feliz cuando lo eres. Y cuando no lo eres te pienso como único motivo para que lo seas. Si para que lo seas hace falta un rayo de sol, yo iré a por él. Yo iré a la luna a escribir tu nombre el día en que me lo pidas. Porque si tú me lo pides te seguiré, permaneceré acurrucada en un oscuro rincón hasta que vuelvas, atrapada en el deseo de atravesar bosques, surcar cielo y mar, correr por todas las playas... para llegar a tu puerta y volver a empezar de cero. De ceros estoy llenando mi vacío para engañarme y poder aguantar la respiración, mantener el equilibrio en la cuerda floja; la cuerda floja en la que se ha convertido mi vida; la vida que sigo y seguiré arrastrando, como la vieja escoba barriendo el polvo. Pero hasta que no sea polvo en lo que se reduzcan mis huesos y mi vida desaparezca de esta vida como una canción improvisada continuaré incansablemente por mi ruta con el único fin de hacerte feliz. Hacerte feliz sin forzar las barreras con las que has

tapiado tu entrada. Yo esperaré desde tu entrada a que salgas al balcón a recibir mis aviones de papel; aviones de papel en los que tendré que conformarme con escribirte. Escribirte simplemente porque te quiero.

Capítulo 8

SOLDADO

Yo lo busqué... Soy soldado por eso...
Firmé un contrato en el que juré que no me guiaría por las estrellas ni por mi propia voluntad...
Que sería una pieza de ajedrez... un peón a merced de un rey que no sabría mi nombre... que desconociendo mi historia y mis circunstancias sería para él tan solo un número... un número sin valor... un juguete que, como todos, tiene principio y tiene fin...
Elegí ser soldado porque tenía miedo... Me asustaba la idea de que la contaminación ocultara las estrellas... que mis decisiones no fueran adecuadas ni justas...
Preferí que mi trabajo no consistiera ni en vivir ni en morir... Simplemente en sobrevivir movido por unos ideales que no eran míos... un deseo que no manaba de mis venas...
Y por eso el soldadito del cuento es de plomo... Porque los cuerpos sin alma no son lo que quieren... sino lo que otras almas quieren... Por eso le faltaba una pierna y no se desangraba... Por eso acabó en la hoguera... como las brujas de la Edad Media... Pero sin motivo ni causa... sin oponer resistencia....
Porque eso es precisamente lo que un soldado firma en su contrato... Que entregará su vida con indiferencia... Que será como un trozo de montaña que se desprende, cae y se detiene a merced de la gravedad... Como una gota de agua que cae en forma de nieve a merced del frío... Una canción con armadura pero vacía por dentro, a merced de la indiferencia... Porque un soldado no piensa... Es un brazo de la avaricia omnipresente...
Nada tiene sentido... Firmé que olvidaría mi ética... En las trincheras no hay sitio para la moral... Como los niños con ositos de peluche, nosotros dormimos con las ametralladoras con un pijama del color de la tierra...
Los sueños se tienen despierto... y las pesadillas de la noche se hacen realidad... También tenemos vecinos... vecinos mutilados... Amigos locos y borrachos... Las bombas son nuestro despertador... el que nos arranca de nuestro lecho de barro para trabajar...
Los muertos son como desertores... Los desertores como muertos...
La ética no sirve de nada cuando te dan a elegir entre morir y matar...
Debes desaparecer... Cambiar de identidad... Borrarla, en realidad... Y yo solo quería eso... Desaparecer...
¿Algo que eche de menos de mi vida? El hecho de saber que no lucho por algo que no me interesa... sino por la persona que más me importa...

Capítulo 9

KILÓMETRO CERO

Empecé a contar las estrellas una por una, pensando que retendríais la noche hasta que terminase. Me lo prometisteis, y yo, avivé el fuego con mis esperanzas.

Pero llegó el amanecer arremetiendo paulatinamente contra ellas. Ese velo azafranado que arrastra las estrellas a otra parte con su azul. Pasamos de sombras con luz a luz con sombras y una fogata hecha cenizas en medio del campamento.

Recordaba haber estado perdiéndome en las constelaciones mientras vosotros hacíais algo que yo había creído posible.

Pero despertarme sola entre las piedras solo significaba un desengaño más; mi cuerpo se erigía fresco y silvestre sobre el punto exacto en el suelo, en mi kilómetro cero. Y me habría sentido a salvo a la luz del día, recordando un hermoso sueño, de no ser por la estrella que se había caído sobre mi mochila, cautiva de las mareas celestiales. Solo podía tratarse de una herida en el corazón, un agujero en el alma, que no solo me aseguraba que vuestra marcha poco de sueño tuviese; sino que hay quienes sufren imposibles por hermanos que no quisieron arriesgarse a perder el sol por ellos.

Guardé la estrella en una caja de cartón. Allí estaba: un motivo más. Porque por cada estrella que pude y podría haber contado había un motivo por el que quise irme lejos con vosotros, una noche estrellada como lo fue aquella; como mucho tardó en volver a ser en mi vida.

Y, no obstante, aún conservo una caja de cartón sobre mi mesilla.

Capítulo 10

AZUCARILLOS

Las muertes son complicadas. Gustosamente tendría una conversación con alguno de los difuntos de los últimos días. Les traería a esta cafetería y haría remolinos en mi café vienés escuchando sus parloteos entre azucarillo y azucarillo.

Pero cuando alzo la mirada, en plena búsqueda de una explicación de aquella tragedia irreversible, solo te veo a ti. Digo solo, y ya es mucho. Nuestras tardes no han muerto con él; pero, de repente, temo que lo hayas hecho tú. Que ahora mismo estés conmigo, me cojas de la mano mientras me sonríes, pero que, en realidad, no estés ahí. Estás en otra parte…

De repente te das cuenta de que me ha crecido el pelo y de que estoy guapa. Me pregunto si has visto alguna otra cosa. Tengo tanto por decir; y tanto por callar. Porque lo que estoy pensando solo puede hacerte daño. Y, no obstante, lo pienso porque te quiero. Porque me preocupa todo esto.

Tampoco sé si te acuerdas de que no me gusta el café vienés, ni los azucarillos. Que solo he venido por ti. Vuelvo a decir solo, pero, en realidad, me pareces mucho.

Tengo pendiente desnudar tu alma otra vez, porque no eres el mismo. No, por mucho que te empeñes en ser el de antaño. No sé si te hace daño o te hace bien. No sé qué guerras estás librando en tu interior; qué tratados has firmado con tu paz. Solo sé que este silencio me está matando. Yo me muero en esta silla y tú en la tuya. Y me da miedo poder evidenciar cómo va a desembocar la relación. Ambos hemos cambiado. Nuestros sentimientos no son los mismos. Y esta artificialidad hace más amargo el café.

Sonrío. No puedo hacer otra cosa. Río tus gracias y me hago la tonta para que te rías de mí. Después vamos al cine y me entreno riendo sus gracias y ridiculizando sus tragedias surrealistas. Lo más bonito de todo es que te ríes. Y eso me gusta.

Las muertes son complicadas. Pero la vida es más complicada porque continúa; es como volcar un vaso de agua en una cuesta. Se va por donde puede marcharse. Y en la vida hay tantas opciones…

Podría elegir quedarme en casa a ver una película mejor que la que acabamos de ver. Podría ir a otra cafetería y librarme del café vienés. Elegir encerrarme entre las cuatro paredes de mi cuarto y dejar salir las lágrimas que se me agolpan en los ojos cada vez que te sonrío. Elegir una vida más feliz. No tener que pensar en la muerte a estas alturas de la vida.

Pero elijo buscarte todos los días. Elijo sonreírte y hacerte reír. Antepongo tu bienestar a todo lo demás. Me preocupa todo esto. Me aterroriza que hayas muerto y estoy dispuesta a morir contigo porque creo que te lo mereces. De hecho, me resultaría extraño buscar la felicidad en algún lugar que no sea tu mirada cuando me abrazas.

Capítulo 11

LAS PIEDRAS

Me perdí con la intención de encontrarme. Llevaba demasiado tiempo buscando sonrisas entre las piedras, ofuscándome y tratando de hacer una obra de arte. Esperaba las noches correspondientes a los días. Un día pasó una noche, otro día otra y así, sucesivamente, me iba yo endureciendo con la cámara entre las manos, más enhiesta que las propias piedras.

A veces mi mirada se enfocaba en el mar, soñando una gama de grises y de ocres que se hacían realidad a ratos. Entusiasta en las horas libres de los verdes aguamarina y los azules aturquesados.

Y, no obstante, el tiempo se marchaba impertinente al mismo lugar, al mismo paso, desde una piedra hasta otra piedra. Deshacía y rehacía las maletas en el continuo ahora. Todo era dinámico, hermoso, admirable desde los ojos de un poste que había echado raíces a la contemplación. Todo huía y regresaba en distintas formas.

Las fotografías se me antojaron lentas, irreales, estáticas. No rompían el vacío ni susurraban su silencio al oído. Simplemente, allí estaban. Las piedras. Una sobre otra, bajo la una y arremolinadas. Yo diría que enojadas, quise creerlas líquidas; unas esperando a las otras; las otras más de lo mismo. Jugaban a solapar sus sombras sin darse cuenta; alejándose en la estrecha cercanía pétrea.

Busqué respuestas en los libros. Un ‘te quiero’ aquí, un ‘te odio’ allá. Un ‘no quiero volver a verte’ enamorado de un ‘te echaré de menos’. Algo por acabar cuando no se sabe lo que se ha empezado. Un ‘volveré’ y un ‘nunca jamás’. Una historia dando a luz una hermosa filosofía. La muerte de los finales y la promesa de un próximo principio. Dinamismo; continuo dinamismo incomprendido.

Fotografiar el sueño de una piedra era sepultar lo sepultado. Puesto que el sueño, difunta imagen, y la piedra, pesada realidad. Me di cuenta de que era yo el árbol putrefacto; esperando a lo que espera, se calla, y sigue esperando.

Alguien dijo a lo lejos, ‘Olvídalo… ya es tarde’. La cámara cayó con gran estrépito y se limitó a romperse. Las instantáneas congelaban la vida,

mientras yo me dedicaba a mirar a las piedras.

Se me deshizo el cabello al viento, como una hebra traviesa de un tapete fugitiva. Se me arrancaba el vestido, maldición de los tiempos perdidos. Detesté a las piedras, con o sin sonrisa, con o sin la mirada en ellas. Mi mano alcanzó la primera y fueron tras ella a las aguamarinas y a las turquesérías todas, hasta la sombra de la última.

Capítulo 12

UNA DE ESAS COSAS QUE TE QUITAN EL SUEÑO

Estaba pensando en una de esas cosas que te quitan el sueño. De esas cosas que te impulsan a bajar a la cocina y a improvisar unas palabras en el portátil. Dudo mucho que enfrentarse a una página en blanco funcione como somnífero; desde luego, no es algo que los médicos de cabecera receten para el insomnio, el estrés, la gripe o la depresión. De hecho, solo sirve para despertar esas partes del cuerpo que ya están dormidas. Supongo que ello contribuye al agotamiento del total de las partes de forma simultánea y que, en cualquier momento, corro el peligro de desesperarme el resto de la noche o, bien, de quedarme frita sobre el teclado del ordenador.

Por supuesto, estaba pensando en él… en ella… también en él… y en él… y no nos olvidemos de ella… Cuando demasiadas imágenes con sentido se agolpan en la cabeza, un río de palabras con nada o con aún más sentido se abre paso por el sistema nervioso desde un manantial rojo de sentimientos. Te quedas observando la casita de jengibre que descansa sobre la encimera y, por desgracia, alguna parte de tu cabeza se ocupa de decidir entre pensar en tu futuro en ella… pensar en el pasado del que intentas escapar… o, simplemente, desesperarte delante de una casita de jengibre de cuyos puntos de unión rebosa abundante crema de vainilla que evoca a la masilla que, muy probablemente, has visto emplear en alguna construcción de tu ciudad…

De repente, un nuevo sentimiento hace del cúmulo de ellos que previamente tenías una nueva miscelánea a la que te verás obligado de bautizar con un nombre. Los sentimientos van cambiando a medida que se les superponen otros sentimientos. Como una poción mágica cuyo efecto cambia a medida que se van introduciendo los ingredientes; como una tonalidad que se obtiene a medida que vas mezclando los colores. Y la soledad, es el sentimiento que te obliga a recordar todos esos sentimientos, con sus superposiciones, de forma simultánea, como si en tu interior todas las partes del todo cantaran en harmonía un acorde de novena sensible.

Entonces, es cuando te das cuenta de que el motivo de tu insomnio es la soledad. No… Más bien de que el motivo de tu insomnio es el sentimiento de soledad. La diferencia es abismal. En cualquier caso, yo estaría dormida ahora mismo. Pero nadie puede creer un caso hipotético… y la soledad es una tinta que mancha hasta los huesos. Solo nos queda soñar despiertos… o morir solos.

Capítulo 13

LA NIEBLA

La niebla llevaba asentada en la ciudad varios días. El frío y la humedad volvían lacrimosa la visión del viandante apresurado y hacía temblar los huesos de quien salía al encuentro del día sin luz. Tornaba misteriosas las miradas de los mendigos de las esquinas y temerarias la de los empresarios desdeñosos con sus maletines de cuero.

Salí con el abrigo sin abrochar, la bufanda al cuello y presta la capucha de lana caída sobre mis hombros. El aire gélido traspasaba mis conductos nasales. Un frío lapidario impregnado del intenso aroma de las castañas asadas que se vendían por la calle en concurridos puestos móviles, similares a pequeñas locomotoras que desprendían una humareda oscura a la ya húmeda espesura.

Mis exhalaciones contribuían al paraje de chimeneas humanas que se creaban al respirar en la niebla. Y bajo aquel techo lechoso e intransitable, mis pies calaban los pasos que me llevaban al estanco de la manzana próxima de la calle de los Olivos. La campanilla dio licencia al abrazo del suave calor del establecimiento, seguido de la tibia sensación de la mente en nebulosa y la fría determinación de una puerta ya cerrada.

Capítulo 14

LA CANCIÓN ÚLTIMA

Yo creía que marcharme era el final de nuestra puerta. Solamente del vano porque creí que doblábamos juntos la esquina de la página. El pasillo se tragaba impasible las notas de nuestra canción y escupía los silencios mientras se enrollaba la alfombra. Así lo hacía mi lengua cuando soñaba con la tuya. Pero lo único que sueño ahora son frases cortas, porque mis palabras se quedaron contigo; te aman de la misma forma en la que a mí me detestan.

Ahora que el tiempo ha pasado llevándose en cada aliento una de las notas de una canción olvidada, las notas nuevas de una agonía inconclusa te reclaman como el primer día que el candado supuso la bifurcación. Mientras las cortinas ondean cual estandartes de guerra y paz en las ventanas nuevas y las llaves juguetean con las cerraduras como amantes implacables, hay presa del fantasma pasado un ojo en una espalda, cuidando de nuestro vano y nuestro encuentro.

Porque nuestra canción se compuso y quedó sellada en las páginas del tiempo, como una obra cualquiera que cae en el olvido y, orgullosa, se talla en la boca de un árbol vacío, a la espera de un regreso, un fuego frío que la haga sonar en el aire de un invierno tardío. Cual paloma sin alas, naufraga en una isla extraña y arriesga la vida por una causa perdida. Y, sin embargo, esa hoja caída de un otoño antiguo aún ostenta gotas de rocío por las mañanas de este espíritu errante y nómada que cerró la puerta. La canta solo en el instante en que reluce el rayo verde, no persigue la perfección de un pasado que se le ha marchado. Se le ha perdido y se le sigue perdiendo. Muerta la compositora, viva su esencia, busca el canto de un fénix que la traiga respirando y ardiendo en sentido.

Ansía ver llover el sol… a la luna respirar el agua fugaz… al árbol oír cantar…